

danza, ni alteracion. Y vosotros, Fieles mios, asi como veis la solemnidad de este dia, y la gloria que os representan, oid tambien el moral que los lleva à los Altares: *Gloriam ipsorum* Eccles. cap. 45. v. 31. *eternam fecit in gentem eorum.* Aprovechemonos de sus lecciones; imitemos los exemplos de nuestros dos Santos, pues su camino es la via segura para llegar à la Iglesia eterna, que os deseo &c. Amen



PA-

PANEGYRICO  
DE SAN LUIS.

*Neque altitudo, neque profundum.... poterit nos separare à charitate Christi.*

Ni lo que hay en lo alto, ni lo que hay en lo profundo, nos podrá separar de el amor de Christo. *San Pablo à los Romanos, cap. 8.*



ESTE es el caracter de la santidad, y este el caracter de San Luis: una grandeza de alma, y una firmeza de animo sobre todos los acaecimientos del mundo. Veréis un Rey superior à todo suceso humano y à todos los infortunios. Un Rey siempre grande, siempre heroico, porque siempre fue Santo: por aqui veréis que la santidad no es menos propia para formar hombres grandes segun el mundo, que para formarlos segun Dios.

¿Qué lecciones dá, segun esto, San Luis à los Reyes en particular? ¿Qué lecciones dá à los Christianos en general? En la prosperidad de su Reyno enseña à los Reyes el arte dificil de mandar à los hombres, y será el punto primero. En

Tom IV. N las

las adversidades de su Reyno enseña à todos los Christianos el arte grande de que reyne Dios en ellos: y este será el segundo punto. Un Santo, que reynó siempre como gran Rey; y un Rey, que reynó siempre como gran Santo. Ved aqui todo el plan de este discurso. Imploramos. &c.

*P A R T E P R I M E R A .*

**T**ener enemigos que combatir, vecinos que tratar, y pueblos que gobernar, es la ocupacion ordinaria de todos los Reyes. No combatir con los enemigos sino con animo de destruirlos: no tratar à sus confinantes sino para debilitarlos: y no gobernar sus pueblos sino para esclavizarlos, es el defecto de los Reyes à quienes domina la ambicion. Pero combatir con los enemigos solo para mantenerlos en su deber: tratarlos, para conciliarlos entre sí: gobernar los pueblos solo para hacerlos felices, esta es la virtud propia de los Reyes, y que anima la Religion, y la que hizo al Reynado de San Luis el mas feliz de todos los Reynados. En tres palabras: un valor que excitó y moderó la Religion: una politica que la Religion inspiraba: y un gobierno, al qual formaba tambien la Religion. Veamos uno por uno estos articulos.

San Luis tuvo que combatir el tiempo de su Reynado con enemigos de toda especie: con hereges, que acometian y hacian guerra abiertamente à la verdad: con rebeldes, que no sufrían el yugo de la autoridad: con Potencias es-

tran-

trangeras, que pretendian la superioridad: y con infieles, que resistian generalmente à toda Potencia Christiana. Ya habia la heregia de los Albigenses turbado por mucho tiempo la Iglesia; y mirada con negligencia en sus principios, y con proteccion en sus progresos, ya no temia su ruina, y llegaba à ser formidable. Amotinandose, aunque se veía siempre vencida, intentaba ya salir de sus mismas ruinas, y halló protectores que la hicieron renacer de sus cenizas.

Solo con oír el nombre de heregia, se encendia el corazon del joven Luis: el zelo de la Casa del Señor devoraba su corazon como à David; y podia decir de su juventud, que habia domado monstruos. En la edad de catorce años marchó contra los Albigenses, los atacó, los deshizo, y quitó toda esperanza de recurso. Pero aunque halló fin el error, no le hallaron las turbaciones. Muchas veces el zelo de la Religion sirve de pretextos para suscitar turbaciones en el Estado, como lo experimentó en su Reyno San Luis.

Hallaronse espíritus mal contentos, que se creyeron grandes para que los mandasen, y se sublevaron. ¡Gente insensata, que no reflexionan que está Dios sentado en el Trono de los Reyes, que no reynan sino por él! San Luis se pone à la frente de sus Tropas: à la primer señal de revolucion, y al primer ruido de armas, previene à los rebeldes con la rapidéz de sus marchas; con su presencia los desbarata, y con

N 2

su

su valor los arruina; tres Plazas fuertes ceden su valor, y los conjurados caen à sus pies; y si triunfan las armas de su atentado, no triunfa menos la Religion de su resentimiento.

¿Pero qué puede el trato de la dulzura en corazones reverdes, apoyados y sostenidos? Toda Inglaterra viene con ellos con todas sus fuerzas, y aun su mismo Rey en persona; y mientras se va entrando en el centro de la Francia, los Estados de este Reyno, en las fronteras de Flandes, le ayudan en la revolucion y en las armas. ¿Qué opondrá San Luis à tantos esfuerzos? una confianza en Dios, y un animo que pasman el mundo. Vamos à ellos, dixo, como un joven Jonatás, sin que nos amedrente la multitud. Si nos gritan desde lexos, suspended el esfuerzo, y vendremos à la paz; pero si insultaren contra la pequeñez de nuestro Exercito, combatamos con valor: Dios los puso en nuestras manos y los entregó à nuestro arbitrio: *Ascendamus, quia tradidit eos Dominus in manibus nostris.*

2. Reg. cap.  
14. v. 10.

Animado con este espíritu, parte como un relampago, abanza con su pequeño numero de combatientes armados, como la nube que encierra en su seno rayos. Sin intimidarle la multitud, sin espantarle el peligro, sin detenerle la profundidad de un rio, que cubria à los enemigos, camina en derechura contra tantas Tropas coligadas: y si se detiene algunos instantes en su presencia, es solo para enviarles à decir, que

que no llegará todavía tarde su arrepentimiento; pero que si no se dan priesa à implorar su clemencia, tendrán que dar cuenta de la sangre que vá à derramar.

Oída su pertinacia, acomete el primero espada en mano; gana la parte principal del puente, arruina, separa y disipa como un torrente todos los diques y barreras opuestas à su pasage. ¿No os parece aquí, Señores, que estais viendo à aquel famoso Horacio, que detuvo solo en el puente del Tiber todo el Exercito de Porsenna? Este hombre que oy acometer solo, que se lleva el puente contra todo un Exercito, este es el Rey. Dixose, que el Dios de las batallas iba delante de él, para abrirle camino entre la multitud del Exercito enemigo, y que le amparaba con su broquel; millares caian al esfuerzo de su brazo en su presencia, dá lugar para que lleguen y se ordenen sus Tropas; y lleva à fuego y à sangre à quantos no toman el asilo de la fuga; y mientras se lea la vida, las acciones y anales de los hombres grandes, será preciso que venga à la memoria la jornada y puente de Taillebourg. A los Gefes de la rebelion solo les ordenó, que le siguiesen en la empresa de Palestina, y que lavasen asi la vergüenza de su rebelion en la sangre de los Infieles. ¿Qué prodigios de valor no vienen à vuestra imaginacion con solo nombrar esta empresa? Un Rey, que se ataja generosamente de sus Es-

tados, y atraviesa los mares, para conquistar à Christo aquellos Santos Lugares que consagró con sus pasos, y que bañó con su sangre! Un Rey, que se arroja al mar espada en mano à vista de veinte mil Infieles, y los disipa con aparecer solo en la orilla! Un Rey, à cuya presencia cae sin resistencia Damuta, Ciudad la mas fuerte de Egypto, despues de haber resistido por espacio de mas de cinquenta años à los Exercitos de los Cruzados! Un Rey, que se presentaba el dia de la batalla tan magestuoso à la frente de sus Tropas, que su vista solo, segun los Historiadores de su tiempo, parecia dar los primeros golpes al enemigo! Un Rey, que en la acción misma abanza y quita à los enemigos à su mismo hermano, que le llevaban prisionero! Un Rey, que solo se necesitó à sí mismo, para desembarazarse de una legion de Barbaros que le habían embestido, y triunfa de todos sus esfuerzos, quando à ellos les parecia que triunfaban de su libertad! Un Rey, que alcanza dos señaladas victorias de los enemigos del nombre Christiano, y que por la causa de Dios no conoce peligro que no acometa, ni enemigos que no sujete! No es esto enseñar à los Reyes de la tierra lo que puede la Religion en un Rey que solo combate por ella?

Pues segun esto, ¿en qué parayá los improperios que se hacen à la santidad, de que afemina el animo, y de que es incompatible con el valor? Levantense los impios, y digan si se ha-

halla en ellos, no digo que oponer, pero ni que comparar con el heroismo de este Santo Rey de que hablamos.

Pues este mismo animo heroyco, que inspira la virtud à San Luis contra los enemigos de la Religion y del Estado, nos inspira tambien el dia de oy contra los enemigos de la Iglesia, de la Corona, y de nuestra salvacion. No hay horror que no se acometa con valor, è intrépidéz en los combates, quando hay un fondo grande de Religion, zelo de la defensa de la Fé, deseo de mantener el Trono en su gloria, y de alcanzar la santificacion del alma. Por el contrario, no hay corazones mas apocados, ni mas tímidos en todos los peligros que amenazan con la muerte, que los de aquellos que tienen más motivo de recelar sus conseqüencias. ¿Por qué, pues, San Luis fue siempre grande contra sus enemigos? porque la Religion era quien excitaba y governaba su valor. ¿Por qué fue siempre grande para con sus confiantes? Porque la Religion era el móvil de su politica.

Lo que nos inspira la politica Christiana es, tratar à los demás con la mira del bien público: y tratarlos, atendiendose solo à sí mismos, es la politica que enseña el mundo. La primera atiende à mantener la pública tranquilidad, y la segunda atiende solo à turbarla. En efecto, oyentes mios, la politica del dia de oy mas es arte de estratagemas, que de evitarlas; de preparar los golpes, que de impedirlos; de opri-

oprimir la libertad ajená, que de conservar la suya. De este modo solo sirven los tratados mas solemnes para desarmar los pueblos por algun tiempo, que para quitarles la animosidad que los armó; ni la envidia secreta de dañar, y perjudicar al enemigo, sin que nos puedan asegurar de semejantes desconfianzas; ni las ligas y matrimonios que hacen, que sea una misma familia la de casi todos los Soberanos. Aun aquellos Angeles de paz que se rembian á las Cortes de los Reyes, se convierten en testigos perjudiciales, y aun en enemigos temibles. Estudian las fuerzas y la debilidad de un Estado; la capacidad del que le manda, el carácter de los Ministros, la inclinacion de los pueblos, la disipacion de los espíritus; y debajo de una apariencia de paz, se arrojan no pocas veces las semillas de la guerra. Con que viene á suceder, que una falsa política ha destruido los muros mas sagrados de la Religion: ya no consiste sino en el artificio; y lo que es mas deplorable, es, que nada se estima mas en el mundo, que saber dañar.

¿Quién tuvo jamás ocasiones mas oportunas que San Luis para poner en obra las maximas mas especiosas, que inspira la ambicion; pero perjudiciales para su eterna salud? Tuvo por vecinos dos Principes, que habian sublevado á sus propios Vasallos contra él; Federico II. que los habia convidado con sus cartas á la revolucion; y Henrique III. que vino con todas sus fuer-

-ingo

zas

zas á protegerla. Estos dos Principes se hallaron como por recompensa en los mismos embarazos en que habian visto á San Luis. Federico tenia guerra con la Santa Silla; y el Papa armado de fuerzas duplicadas, balanceaba en la Lombardia todo el poder de Alemania: y Henrique III. se veía en Inglaterra sumergido entre los horrores de unas guerras intestinas; y la autoridad Real estaba hecha el blanco de los tiros del Parlamento. ¿Quántos recursos hicieron á Luis unos y otros para engañarle en sus quejas! ¿y qué ocasion mas favorable para que se aprovechase de sus divisiones, y para resarcir las pérdidas que le habian ocasionado!

¿Y cómo se portó con todo eso? Calla, prudencia humana, sabiduria del siglo, estremece-te y suspira: ved aqui una política que no conocéis; pero una política christiana, que aun el mundo mismo ha coronado despues con grandes elogios. San Luis, lejos de fomentar el fuego que ardia entre sus vecinos, se empleó del todo en apagarle. Rogó y solicitó para este efecto unas veces al Papa, y otras al Emperador; ya á Henrique III. y ya á los Miembros del Parlamento. A unos les representaba el mal afecto de sus disensiones; y á otros el empacho que les debia ocasionar la revolucion. El fruto de sus cuidados fue, que Federico le escogió por mediador de la paz con la Santa Silla; y los Ingleses le pidieron por árbitro de sus diferencias. El Rey de Inglaterra vino en perso-

-Tom. IV.

O

na;

na; y el Parlamento compareció por medio de sus Diputados, para escuchar los Oraculos, y executar las decisiones del Santo Rey. Su virtud le erigió un Tribunal, desde el qual juzgaba à los Soberanos; y se pudo decir, segun la expresion de Daniel, que llegó à ser el Rey de toda la tierra; y delante de él, como delante de aquel famoso Rey de quien se habla en los Macabeos, no se halló persona que se atreviese à chistar.

¿Quereis pruebas de esto? Pues vedlas claras. Si proyecta Federico turbar el respeto del Conclave, San Luis escribe à los Cardenales que no teman, que si se atreviere à inquietarlos, él le sabrá contener. Si Federico procede en Italia acerca de la libertad de algunos Obispos de Francia, y envia Embajadores para justificar su conducta, les dice el Santo: Volved à vuestro amo y decidle, que si no me hace justicia prontamente, que yo mismo partó à hacermela. Si este mismo Emperador suspende el dar satisfaccion, San Luis se arma con una diligencia increíble, y Federico se cree sumamente feliz en haber podido evitar el golpe. Al hacer saber San Luis à sus enemigos, que se parte para la Tierra Santa, no se acuerda que podrian perjudicarle en una ausencia de cinco años; y ellos de hecho respetan sus fronteras, y evitan toda invasion. Parte de los Principes por amor, y parte por temor, y todos por respeto, le miraban como à Maestro en el

arte de reynar; y toda su vida experimentó la verdad de las palabras de Job, que el poder y el terror están en las manos de aquel que establece la concordia entre las Testas coronadas: *Potentestas, ac terror apud eum est, qui facit concordiam sublimibus.* Job c. 25. v. 2.

Pues segun esto, ¿quál fue la politica de San Luis? ¿Y cuáles fueron sus conseqüencias? Su politica fue establecer la paz entre sus vecinos; y las conseqüencias fueron el hacerse Señor de todos, siendo el objeto de su confianza, el arbitro de sus diferencias, y el garante de sus tratados. Citadme aora un solo exemplo en que la politica mundana haya hecho alguna cosa mayor, mas sublime y mas augusta, aun segun las leyes del mundo mismo. ¡Ah, oyentes míos! sin duda seriamos grandes, no digo solo en los ojos de Dios, sino en los del mundo tambien, en los ojos de los hombres, y aun de los impios, si quando los tratamos y manejamos miraramos unicamente por sus intereses. Hechos depositarios de sus aflicciones, las disipariamos con el desinterés de nuestros consejos. Ya cortaríamos un litigio por las vias de la paz: ya sosegariamos un odio, con los medios oportunos para una sincera amistad. Una vez romperíamos un lazo perjudicial, dando solo un prudente aviso, y otra reparariamos una desgracia con la multitud de recursos. Muchas veces conquistariamos nuestros mismos amigos para Dios, volviendolos à la quietud y al reposo; y sin mas ar-

mas que de la insinuacion y dulzura, triunfamos como Heroes, triunfando de sus pasiones. ¿Podia, pues, San Luis dejar con principios semejantes, de ser infinitamente respetado de sus confinantes, y amado sumamente de sus vasallos?

A los 21 años de edad comenzó à gobernar San Luis por sí mismo: y Dios sabe quan lleno de escollos está el Trono en esta edad! en una juventud sin experiencia, un Rey tanto es menos señor de sus pasiones, quanto domina en las agenas. De quantos Cortesanos le cercan, hay bien pocos que no tiren, ò à aprovecharse de sus flaquezas, ò à comunicarle las suyas; y debajo del pretexto de servirle, intentan dominarle. ¿Quánto trabajan con esta mira, para penetrar su caracter! Examinan todos sus pasos, pesan sus palabras, estudian sus repugnancias, è inclinaciones, intentan adivinar sus ojeadas, y aun su silencio. Luego que descubrieron ya su inclinacion, solo atienden à lisonjearla y à ofrecerle inciensos. ¿Inclinase el Monarca à la ambicion? Solo le hablan de conquistas, y con el nombre de gloria, le hacen usurpador de lo ageno. ¿Se inclina al placer? No hay objeto que no le pongan delante, y aplauden aun los defectos. ¿No tiene vicio alguno? Todos se contrahacen en su presencia, y aparecen virtuosos, para triunfar de su piedad.

No importa que haya sido en todos tiempos la Corte la escuela del vicio y de la mentir.

tira el asiento de la lisonja y el centro de los artificios, el elemento de la ambicion, el sepulcro de la inocencia y el movíl de todas las pasiones: pues en el Reynado de San Luis todo se trocó, y fue necesario que el vicio tomase, ò el partido de corregirse, ò el de esconderse; y para introducirse en el servicio de este Principe, no se recibia otro título, sino el de una profesion abierta de servir à Dios. Su felicidad la pretendia unicamente establecer sobre la piedad de los pueblos, y la piedad de los pueblos en la fuerza de sus exemplos. En efecto, ¿qué cosa mas à proposito para persuadir la virtud, que ver à un Rey joven vestirse la Purpura para esconder el cilicio? ¿No comer en público, sino para inspirar el amor de el ayuno y la abstinencia? ¿No interrumpir sus ocupaciones, sino para vacar à la leccion sagrada, à la oracion y meditacion? ¿No llegar, al parecer, à sus tesoros, sino para fundar Hospitales, y para dotar Monasterios? ¿No mostrarse inexorable, sino en desterrar el duelo, y en extirpar de sus Estados la blasfemia; y en todo lo demás dar siempre las muestras de mayor ternura y afecto para con sus pueblos, de modo que le ganaba los corazones de todos? ¿Quién no se admiraria de ver à este Santo Rey en los Bosques de Vincennas debajo de un dosel de armas, y sobre un Trono de cespedes abrir un Tribunal para oír las quejas de sus vasallos, y terminar sus procesos, como

termina un buen padre las quejas de sus más amados hijos? Allí, sin más guardia para la seguridad de su persona, que el amor de sus vasallos; sin más acompañamiento, que la afluencia de los pobres; sin que se distinguiese la entrada para los unos, y la exclusion para los otros; sin que se necesitase corromper aquí con presentes, ni inclinar allá con ruegos: todo el mundo tenia la entrada igual, sin más apoyo, que la justicia de su causa. Allí, debajo de aquellos mismos arboles, venerados hasta oy en la sucesion de los siglos, formaba sabios reglamentos para mantener la justicia en sus Tribunales, y para prohibir à los Jueces Seculares lo que no tocaba à su judicatura y sus leyes. Allí prohibia los juegos de fortuna, que con el cebo de la ganancia traen pérdidas irreparables; y exterminaba los juegos públicos, solo aptos para ocasionar el desorden. Allí se informaba de las talas y ruinas que en sus marchas podian haber causado sus Tropas; de los cohechos y desordenes, que podian haber cometido los que estaban encargados de la execucion de sus mandatos; de la desolacion en que se podian hallar las familias, ò por la esterilidad de la tierra, ò por los malos temporales; y allí ordenaba que se resarciesen todos, y se reparasen con el dinero de sus tesoros. Lejos de mirar los bienes del pueblo como una hacienda que le era permitido disipar, miraba los suyos como un patrimonio, que debia consagrar à las necesidades

des del pueblo. Escuchad, pues, Reyes de la tierra, poderosos del siglo, Heroes Christianos, vosotros los que aspirais à la verdadera gloria, venid à aprender de San Luis, por qué caminos se encuentran sin afan y sin pesquisa. Puesto en nuestros Altares, ¿qué os predica con sus exemplos? Lo mismo que San Pablo en sus escritos: *Pietas ad omnia utilis*. Para todo sirve la virtud. Para ser verdaderamente grande segun el mundo, es menester ser grande segun Dios; y la Religion sola puede formar esta sublime grandeza, que no conoce mancha alguna. Ya habeis visto, que San Luis dá semejantes lecciones en medio de su prosperidad, en particular à los Reyes. Aora vereis, que dá en general à todo el Christianismo las mismas en medio de sus adversidades.

1. Timoth.  
c. 4. v. 8.

*PARTE SEGUNDA.*

SI à San Luis le hubieran faltado las desgracias, le hubiera faltado tambien alguna parte de su gloria: y ésta es la ultima prueba que decide el heroismo. El hombre puede parecer grande en sus designios, sin deberlo à otra cosa, que à su ambicion; justo en sus medidas, sin deberlo sino à su consejo; feliz en sus empresas, sin deberlo sino à su fortuna; pero en la adversidad es dejado el hombre à sí solo; y quando se halla superior à sus desgracias, es superior à sí mismo. Este es el punto en que os pro-